

Este asunto complicado empezó cuando el ingeniero me obligó a ser su testigo falso contra el subadministrador. Entre ellos nomás era el problema y en cualquier momento iba a terminar en tragedia. Toda la estancia lo sabía. Yo me negué a testificar en el negocio de los postes, pero el ingeniero me amenazó. No te voy a pagar ni un guaraní de tu sueldo, dijo bien claro. Y si tu economía depende de alguien hasta tu pensamiento está condicionado. Por si fuera poco, incluso la comida de mi familia dependía de esa plata. Y conste que en los últimos tres meses sólo me pagaba quinientos mil de los un millón de mi sueldo. En total, el ingeniero ya me debía un millón y medio. Y siempre decía que iba a completarlo en una, dos, tres semanas, pero nunca lo completó y acabamos como sabemos.

El ingeniero quería jugarle chueco al subadministrador, un tipo de mala fama que hacía su negocio sucio con los postes. La administradora no estaba enterada de nada. Ah, cierto, primero debo explicar cómo se manejaba el complicado tema en la estancia El Progreso. Arriba se encontraba la dueña. Ella contrató a una administradora, que más tarde contrató a su cuñado como subadministrador. Él era el responsable de la estancia. Pero tampoco lo fue porque apenas pudo alquiló gran parte de la misma a un tipo que nadie vio nunca. El subadministrador dejó una de las casas lindas fuera del alquiler para quedarse a vivir ahí. Bueno, el inquilino después subalquiló una parte de la estancia al ingeniero, mi jefe, mi exjefe, mejor dicho. Complicado es cuando hay mucho. Sólo la dueña no sacaba su tajada grande de la estancia de más de mil hectáreas. La verdad es que nadie sabe cuántas hectáreas tiene la propiedad porque siempre acaparan más tierras si las alledañas están desocupadas, haciendo correr sus alambrados. Nadie reclama nada. Y si alguien reclama se lo manda callar. El Chaco paraguayo es como el Viejo Oeste, le escuché decir una vez a un italiano que había ido a hacer una película ahí.

Yo entré en ese lío infernal el año pasado, cuando dejé de trabajar como guardia de seguridad en una zona residencial de Asunción, cansado de que unos vecinos me pagaran un poquito, y otros se hicieran los ñembotavy<sup>1</sup>. Entonces había tomado la decisión de encontrar un sueldo fijo. Un amigo me avisó del trabajo como correcoستا en la estancia El Progreso. Llamé y esa misma tarde me entrevistaron en una oficina lujosa de Villa Morra. A la mañana siguiente, ya estaba en camino al Chaco, con mi bolso de ropas para varios meses. En esos momentos me gustaba la idea de trabajar lejos de la ciudad ruidosa y sucia, montar a caballo y comer despreocupado todos los días. Allá no había el problema con la comida porque durante cada mediodía se hacía el karu guasu<sup>2</sup> con la gente de la estancia. Eso me gustaba mucho.

El asunto de los postes es de larga data, como dice en los libros. Según el ingeniero, el subadministrador juró sacar mil postes por última vez, pues el rumor crecía en la zona. El ingeniero, cuando eso, sólo se dedicaba al ganado. Al menos así era a la vista de los demás. Pero él arremetió en el tema porque ya estaba desapareciendo más de la mitad del bosque. ¡Esta deforestación es inadmisibile!, repetía fuerte al verse rodeado de gente. Entonces acordaron sacar una última vez, pero no pudieron llevar todos los postes, y trescientos más o menos se quedaron en la estancia para ser sacados en otra oportunidad.

Llegó esa oportunidad. Yo estaba haciendo mi trabajo de correcoستا cuando me llamaron para que fuera a vigilar la entrada de los posteros. Ellos eran empleados del subadministrador. Entraron en la estancia el lunes de mañana tempranito. Fui a ver qué hacían. Sólo armaron sus carpas. Le avisé al ingeniero y él me dijo: Dejalos tranquilos porque son gente trabajadora. Y como era una orden, los dejé ahí hasta la mañana siguiente, cuando el ingeniero volvió a llamar para avisarme que fuera al galope a vigilarlos de nuevo. Ya era martes. Fui otra vez y vi dos camiones. ¡No los dejes salir de la estancia!, ordenó el ingeniero. Pero yo no podía hacer eso porque si cerraba la estancia también cerraba la ruta usada por la gente que vive en esa zona. Le informé que los camiones sólo contenían los trescientos postes sobrantes de la última vez.

---

<sup>1</sup> Desentendidos.

<sup>2</sup> Gran comida.

Y los posteros están levantando el campamento, completé el aviso. Así el ingeniero se tranquilizó y cortó la llamada.

Me retiré del lugar. Era la hora del almuerzo. Y justo cuando estaba a punto de comer, el ingeniero llamó otra vez y me ordenó que fuera rapidísimo a cerrar el portón. Subí al caballo sin siquiera probar el caldo y fui a toda bala hasta la entrada y cerré el portón. Después me encaminé tranquilo hacia donde estaban los posteros y vi que se habían retirado. El ingeniero se enojó conmigo apenas escuchó la noticia. Me gritó desde el celular como si hubiera estado frente a mí. Él pensó que yo dejé salir los camiones con más de trescientos postes. Sólo llevaron lo que había sobrado la vez pasada, le dije, y él gritó: ¡Llevaron más de mil postes, tarado! ¡Y vos sos el culpable! ¿Cómo hicieron eso, si a la vista solamente estaban los trescientos postes?, le pregunté y se enojó más todavía, gritándome como cavernícola. Después entendí la matufia detrás de eso.

Había sido que el subadministrador y el ingeniero acordaron hace tiempo vender más postes sin que se supiera nada. Por eso metieron a los posteros una semana antes en el bosque, donde nadie hacía guardia. Demasiado lejos estaba. Y los posteros talaron cuanto árbol veían. Según escuché, hicieron más de mil postes. Había muchísimo dinero en juego. Ellos dos solitos estaban a punto de cerrar el negocio del año, pero el subadministrador mañero tenía bien escondido su plan. Él mandó llevar los postes a la estancia de al lado porque desde ese lugar iban a hacer el movimiento final. Y mientras tanto dejó los dos camiones en El Progreso para hacerle creer al ingeniero que el plan iba según lo hablado. Por eso nomás, el lunes de mañana el ingeniero me dijo que dejara a los posteros hacer su trabajo. Todo eso ya sonaba muy raro, pues él nunca dijo algo bueno de nadie, menos de nosotros. Hasta ese día las cosas estuvieron bien. El martes, cuando el ingeniero se enteró del asunto, me ordenó que fuera a cerrar el portón y no dejara salir los camiones. Y como yo no entendía nada y los camiones sólo tenían los trescientos postes, no cerré el portón. Pero le avisé al ingeniero y él se calló. ¿Y qué iba a hacer yo frente a esos posteros si me obligaban a abrir el portón?

El ingeniero estaba paranoico. Pensaba que los empleados habíamos confabulado con el subadministrador, pero la verdad es que nadie tampoco aguantaba a ese tipo. Era una mala persona de pies a cabeza. Pura saña. Ni su cuñada, la administradora, le quería. Siempre que se veían en la estancia, cada dos meses más o menos, le gritaba por sus macanas diarias. Y así nomás es cuando hacés las cosas a espaldas de los demás. Ellos se jodían entre ellos y desconfiaban del resto, sobre todo de nosotros, que ni siquiera nuestro sueldo completo recibíamos.

Como decía, el subadministrador se avivó y mandó llevar más de mil postes a la otra estancia y de ahí los hizo cargar en los camiones para ir a venderlos a una maderera de un pariente suyo. Y sólo los trescientos postes que habían sobrado la vez pasada fueron sacados a la vista de todos los de la estancia El Progreso. Hizo su jugada, pero no calculó lo que el ingeniero estaba a punto de hacer por despecho.

Ese mismo martes el ingeniero ordenó a gritos que me reuniera con él. Cuando estuvimos cara a cara, no me dejó hablar. Él contó toda la historia y yo sólo debía decir sí. Me negué con la cabeza, pero presionaba y presionaba. Al final, directamente me chantajeó: Si no vas a la fiscalía conmigo para contar que viste salir los camiones con más de mil postes, te voy a involucrar en el robo. No pienso hacer eso, le repetí. No voy a ser su testigo falso. Ustedes tienen sus negocios donde se joden a cada rato y yo no quiero meterme en medio. No le gustó mi actitud. Se levantó con fuerza y se dio a los gritos. Me humilló como siempre que se enojaba. Sos un pobre de mierda que no sabe hacer nada. Y por si fuera poco sos desagradecido. ¡Yo te di la oportunidad de trabajar honestamente en la estancia! Se me subió la sangre a la cabeza. No pensaba quedarme callado. ¡Complete mi sueldo atrasado de tres meses!, grité como él y se sorprendió. Ahí también me puse de pie. No le tenía miedo. ¡Págume todo mi sueldo!, le exigí. Ya no quería saber nada de ese infierno. Entonces se sentó sin dejar de mirarme y se puso a hablar más tranquilo. Es sencillo: si querés el dinero, testificá en la fiscalía, terminó diciendo.

Como no tenía de otra, fui a contar bajo juramento la mentira del ingeniero palabra por palabra,

pero el muy sinvergüenza no me pagó todo, otra vez. Me dio ochocientos mil nomás y dijo que tenía suerte de no haberme denunciado como al delincuente del subadministrador. Ahí, la verdad, estuve a punto de meterle bala yo mismo, pero estaba demasiado cansado de esa gente y sólo quería regresar a mi casa. Entonces, cuando agarré mis pertenencias para salir, él murmuró: Hay una forma de recibir tu plata y mucho más. No quiero saber nada, le dije. Hacete cargo del subadministrador, continuó. Me hice el ñembotavy. Si te hacés cargo de ese desgraciado, te voy a pagar bien. ¿Cuánto es bien? Cinco millones apenas hagas desaparecer a ese hijo de puta. Por alguna razón no me sorprendió su propuesta. ¿Y qué decís? Su pedido no es poca cosa, ingeniero. Lo voy a pensar. Pensá rápido, que no hay tiempo, dijo en su tono de orden, y por suerte me dejó salir.

Horas más tarde metí la pata. Se me ocurrió la mala idea de llamar al subadministrador y solucionar el asunto de una manera fácil. El ingeniero quiere mandarlo matar, le conté sin vueltas. ¿Y vos cómo sabés eso? A mí me pidió. Y yo, la verdad, señor, sólo quiero cobrar la plata que me debe para rajarme mañana a más tardar de este infierno. ¿Cuánto te debe? Setecientos mil todavía de mi sueldo atrasado. Te puedo dar ese dinero y un poco más si me decís dónde mismo y con quién va a estar esta noche. Esa pregunta rara me llamó la atención. ¿Y usted por qué quiere saber eso? No es de tu incumbencia. Vos decime y yo te voy a dar el dinero. Dudé unos segundos largos. El subadministrador se impacientó ante mi silencio, insistió al estilo del ingeniero y un rato después acepté su propuesta, sin imaginar la consecuencia de eso. ¿Cómo yo iba a saber que el subadministrador también quería hacerle lo mismo al ingeniero?

Al día siguiente todos nos enteramos de lo ocurrido y yo todavía no caía en la cuenta de que estaba metido de nuevo en un problema del carajo por culpa de esa gente. El subadministrador me llamó al darse a conocer el suceso. Me dijo que fuera junto a él para recibir la plata. Traté de no pensar en la razón de la paga y fui a su casa. Llegué, me recibió bien en la sala y, antes de entregarme lo prometido, dijo: Primero me vas a acompañar a la fiscalía. ¿Y yo, por qué? Vos estuviste conmigo ayer de noche, respondió. Pero yo no estuve con usted, dije rápido, y el muy sinvergüenza sonrió con una sonrisa del diablo. Recién ahí comprendí el asunto. No, señor, yo no me voy a involucrar en este problema. Demasiado grave es. Si yo llego a ser descubierto, voy a decir que fuiste mi cómplice. ¿Por qué? ¡Yo no soy nada suyo! Vos me dijiste dónde y con quién iba a estar tu jefe. El desagraciado sonreía cuando me hablaba y yo quería meterlo tres metros bajo tierra. ¿Y... qué vas a hacer? Ya sabés: si decís lo que te digo, te doy la plata y nos olvidamos de esto. La sangre se me subió a la cabeza. Lo miraba y quería enzoquetarle un escopetazo en la boca. Tiene mucha suerte, usted, le dije. ¿Qué? Sí, tiene suerte de que mi familia esté esperándome en casa, porque si nadie me esperaba ahora mismo le metía diez balas como mínimo. Por primera vez en la historia vi asustado al subadministrador. Debía estar así. Lo tenía entre ceja y ceja. ¿Querés más dinero?, se atrevió a preguntarme el sinvergüenza. Usted no piensa en nada más, ¿verdad? Yo sólo quería mi sueldo. Ahora no quiero nada suyo, mucho menos su plata sucia y sangrienta. Y le conviene ir ya mismo a la fiscalía, porque en cualquier momento puedo arrepentirme de este asunto y terminar preso por algo que sí hice. Se volvió más blanco al escucharme hablar así y rápidamente se puso en marcha, sin mirarme a los ojos ni hablarme durante el viaje, hasta que declaré todo. Entonces, cuando le conté que en el camino cambié de opinión y al final testifiqué la verdad y nada más que la verdad, enloqueció frente al agente y se me tiró encima gritando que iba hacerse cargo de mí como lo hizo con el inútil de mi exjefe.